

**Parroquias: San Antonio de Padua-Santa Gertrudis-**

**Nuestra Señora del Sagrado Corazón-Iglesia de San Juan Berchmans**

## «SERÉIS MIS TESTIGOS»

### **Pautas para una Iglesia diocesana misionera**

#### Una carta inédita

La inteligencia artificial e Internet invaden de tal manera nuestra vida cotidiana que corremos el riesgo de olvidar que todavía podemos enviar o recibir una carta, una hermosa carta.

Queridos feligreses, queridos amigos de la comunidad hispanohablante de San Antonio de Padua y de la Unidad Pastoral de Etterbeek:

Nuestro arzobispo, Mons. Luc Terlinden, nos ha enviado una carta que es, a su vez, un documento de trabajo preparatorio para su mensaje del próximo Adviento.

En efecto, nuestro arzobispo nos ha pedido que colaboremos en la elaboración de su mensaje pastoral y, de esta manera, nos da la oportunidad de escucharnos a todos (laicos, religiosos y sacerdotes) en el marco de un espíritu sinodal.

La carta subraya la urgencia de la misión y del anuncio del Evangelio, «que ya no concierne sólo a países lejanos, sino también a nuestra sociedad». En resumen, el texto invita a todos los cristianos a dar testimonio de Cristo en su vida cotidiana y a desarrollar una «pastoral misionera», a abrirse a los demás, a la riqueza de la diversidad y a aceptar que todo cristiano es misionero y que, por tanto, debe realizar un «desplazamiento interior» o una conversión en su interior, sin los cuales todo esfuerzo resulta vano para encontrar un camino, el Camino.

El texto del Evangelio propuesto para la meditación es el pasaje de los discípulos de Emaús:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»  
(Lc 24, 13-35).

La carta invita a las comunidades a responder unas preguntas para discernir las prioridades pastorales y misioneras de la Archidiócesis.

Las contribuciones servirán para elaborar una futura carta pastoral con las orientaciones necesarias de cara a los próximos años. ¡Qué oportunidad tan grande tenemos para fortalecer este espíritu sinodal mediante nuestra participación! ¡Por eso esta carta es inédita!

El objetivo es renovar la vida cristiana y dinamizar la evangelización en el contexto actual de Bruselas y de toda la Archidiócesis.

La invitación a abrirnos a las sorpresas de Dios, mencionadas a partir de la página siete, forma parte del espíritu de esta carta inédita que les invito a colocar en su mesita de noche y a consultar con frecuencia.

Todos los grupos pastorales, tanto francófonos como hispanohablantes de la Unidad Pastoral de Etterbeek, están invitados a reunirse para trabajar el documento, responder las cuatro preguntas planteadas en el mismo, y hacernos llegar las respuestas resumidas en una sola hoja, antes del 30 de septiembre, con el fin de poder realizar una síntesis y enviársela al arzobispo.  
Correo electrónico: [info@misaenespanolbruselas.com](mailto:info@misaenespanolbruselas.com)

El domingo 7 de junio, todos los feligreses podrán formar grupos de 5 o 6 personas para responder las cuatro preguntas que se encuentran en la página dos del documento.

A la espera de recibir la carta pastoral, prevista para el 29 de noviembre de 2026, primer domingo de Adviento, les propongo rezar por la paz en el mundo, por nuestra Unidad Pastoral y por nuestra Iglesia en general.

Con aprecio,

**Amílcar FERRO B. mxy**

Responsable de la Unidad Pastoral de Etterbeek

Quiero agradecer a todas las personas que han hecho posible esta publicación.

# «SERÉIS MIS TESTIGOS»

## Pautas para una Iglesia diocesana misionera

### *Documento de trabajo*

2 de abril de 2026

#### **Hermanas y hermanos:**

En estos últimos tiempos oímos hablar cada vez más de la importancia de la misión y del anuncio del Evangelio para la Iglesia en nuestro propio país. Hemos entrado también en una nueva época en este siglo XXI. Tanto la sociedad como la cultura han cambiado y, con ellas, el lugar y el papel de la Iglesia<sup>1</sup>. Esta va tomando progresivamente conciencia de que la misión de anunciar el Evangelio no está reservada a países lejanos, sino que comienza entre nosotros. A esto se le llama una pastoral misionera: todo lo que decimos y hacemos como cristianos se inscribe en la dinámica de la misión, a fin de dar testimonio del Evangelio y anunciar a Jesucristo como «luz del mundo» (Jn 8, 12).

Sin embargo, cuando se trata de misión y de anuncio del Evangelio, ¿de qué estamos hablando? ¿Por qué se ha vuelto esto tan importante para nuestra Iglesia hoy? ¿Y qué implica para nuestra diócesis, sus comunidades y su pastoral? En las páginas que siguen deseo ofrecer una primera luz sobre estas cuestiones. Una primera luz, porque esto no es todavía más que un documento de trabajo. Junto con mis colaboradores reunidos en el seno del Consejo Episcopal, hemos querido que los cristianos y las comunidades puedan conocerlo, trabajarlo y compartir el fruto de sus reflexiones y de su discernimiento.

Porque es juntos como se lleva adelante la misión del anuncio del Evangelio. Es tarea de todos los bautizados: laicos, religiosos y pastores. Y es juntos, en los distintos niveles de nuestra diócesis — familias, unidades o zonas pastorales, decanatos, servicios, capellanías, vicariatos, diócesis—, como, en un espíritu sinodal, puede realizarse el discernimiento en el Espíritu para vivir una conversión misionera.

A vosotros, hermanas y hermanos, y a vuestros equipos, grupos y consejos, os confío este documento de trabajo sobre la misión en nuestra diócesis hoy, para que podáis compartir conmigo vuestra respuesta a **cuatro preguntas**. Este documento y estas preguntas pueden ser objeto de una reunión de alguno de vuestros equipos o de una asamblea. Hallaréis los medios más adecuados. El documento será también trabajado por el consejo presbiteral y por nuestros distintos consejos vicariales y diocesanos.

---

<sup>1</sup> Esta transformación ha sido objeto de un estudio profundo en el libro de mi predecesor: cardenal Joseph De Kesel, *Foi et religion dans une société moderne*, Salvator, 2021.

En el texto, cada parte va acompañada de recuadros que contienen preguntas destinadas a ayudaros a responder a las cuatro preguntas principales. Estas preguntas tienen igualmente como finalidad alimentar vuestra reflexión personal, a fin de discernir las prioridades y los acentos que deseáis dar a la misión para dar testimonio del Evangelio hoy.

Vuestras respuestas a las cuatro preguntas, fundadas en los intercambios que hayáis tenido a partir del presente documento de trabajo, serán estudiadas en el seno del Consejo Episcopal con vistas a elaborar una carta pastoral que deseo dirigiros en el tiempo de Adviento. Impulsada por un camino sinodal, esta carta tendrá también como objetivo proponer orientaciones y prioridades pastorales para los años venideros. Se esperan vuestras reacciones a más tardar el 10 de octubre de 2026, haciendo clic en el enlace asociado a las preguntas que figuran a continuación o por correo electrónico a: [lettrepastorale2026@diomb.be](mailto:lettrepastorale2026@diomb.be)

**Preguntas:**

1. ¿Cuáles son los pasajes de este documento de trabajo que hacen arder mi corazón, como a los discípulos de Emaús?
2. ¿Qué elementos del documento de trabajo consideráis que deberían profundizarse con vistas al desarrollo futuro de una Iglesia misionera?
3. ¿Qué elementos os gustaría añadir al texto para dar mejor testimonio del Evangelio, a partir de la realidad en la que trabajáis?
4. ¿Cuáles son las tres prioridades que veis para los años venideros en todo lo que se propone en este documento de trabajo?

Conviene precisar que ni este documento de trabajo ni la carta pastoral pretenden abordar la cuestión de la evangelización en todos sus aspectos. Ya existe abundante bibliografía sobre este tema. Contamos también con valiosos documentos del Magisterio. Remito aquí en particular a las exhortaciones apostólicas *Evangelii nuntiandi* (1975), del papa Pablo VI, y *Evangelii gaudium* (2013), del papa Francisco, así como a los distintos documentos elaborados por los tres vicariatos territoriales del Brabante flamenco y Malinas, del Brabante valón y de Bruselas.

Mi deseo es que este documento de trabajo pueda contribuir a profundizar la vida cristiana y a alentar la evangelización en nuestra diócesis. ¡Os doy las gracias de todo corazón por vuestra oración, vuestro compromiso y por nuestra colaboración!

**+ Luc Terlinden**

**Arzobispo de Malinas-Bruselas**

# ÍNDICE

## I. Cambio de paisaje

## II. Imprevistos y sorpresas

*Los Hechos de los Apóstoles o las sorpresas de Dios*

*Las sorpresas de Dios hoy*

*El nuevo rostro de la Iglesia*

## III. Testigos del Evangelio

*Jesús, primer Evangelizador*

*Una Iglesia evangelizadora*

*Arraigados en Jesús*

*Comunidades vivas y radiantes*

## IV. Pautas de una pastoral misionera

*La hospitalidad*

*Los pobres nos evangelizan*

*La proclamación del Evangelio y el anuncio de la fe*

*El primer anuncio*

*El lugar de la Escritura en la catequesis*

*El mundo digital*

*El catecumenado...*

*...modelo de toda catequesis*

*La oración y la celebración de los sacramentos*

*Padre nuestro*

*Eucaristía*

*Sacramentos de la reconciliación y de la unción de los enfermos*

*Escuelas de oración*

*Celebración de las exequias*

*Acompañar, discernir e integrar*

*Piedad popular*

*El reconocimiento de los carismas y la sinodalidad*

*Los carismas*

*La sinodalidad*

## V. Construir la Iglesia hoy

## I. CAMBIO DE PAISAJE

Hubo un tiempo, no tan lejano, en el que la palabra «misión» remitía al envío de misioneros a África, América del Sur o Asia. Entre nosotros, el bautismo se celebraba lo antes posible después del nacimiento. Por ello, pensábamos que la misión era para los otros, los que están lejos, en los «países de misión», como se decía entonces.

Es verdad que, durante los últimos siglos, al haberse afirmado entre nosotros la libertad religiosa, algunos manifestaban convicciones diferentes. Pero nos habíamos acomodado a ello, viviendo cada cual en su propio mundo. Aunque no hemos salido por completo de esta «polarización», las fronteras se han vuelto, con todo, más difusas. Hoy, por ejemplo, un estudiante pasa fácilmente de la UC Louvain a la ULB o viceversa. Las convicciones religiosas o filosóficas ya no son, en muchos casos, los primeros criterios para elegir una universidad, un hospital, una escuela, una guardería... Lo que más cuenta, sobre todo, es la proximidad o la calidad del servicio.

Lo que también ha cambiado en nuestra sociedad es la llegada de otras religiones o convicciones al panorama. Pensamos, por supuesto, en el islam, ya sólidamente establecido. Pero están también el budismo y otras sabidurías orientales.

La misma Iglesia se ha diversificado. Se ha enriquecido con la llegada de cristianos venidos de otros países y de otras culturas. Algunos proceden de aquellos antiguos países de misión de África, América o Asia. Como un retorno de las cosas, son ellos quienes, a su vez, dan testimonio de la fe en Jesús entre nosotros. Los cristianos de Oriente también están bien establecidos en nuestro país y nos recuerdan que existe una legítima diversidad de ritos y de maneras de orar.

El crecimiento de las comunidades evangélicas nos interpela igualmente, al manifestar un cristianismo entusiasta, en el que se pone el acento en relaciones cálidas y fraternas.

En esta sociedad multicultural, ser cristiano ya no se da por supuesto. En muchos casos, el bautismo es una elección reflexionada de los padres para sus hijos o se vive en la edad adulta. El matrimonio en la Iglesia es también el resultado de una opción deliberada y ya no solo de una costumbre familiar. Y quienes practican los domingos en la iglesia son creyentes convencidos.

Así, la Iglesia católica ha perdido su cuasi monopolio sobre las cuestiones de sentido o de religión. Se ha vuelto más humilde. ¿Debemos inquietarnos por ello? ¿Ser nostálgicos del pasado, de un tiempo de «cristiandad» a veces idealizado? Ciertamente no. Porque, como subrayó el Concilio Vaticano II, la libertad religiosa es constitutiva de la dignidad de la persona humana. Nadie puede ser obligado a adherirse a una religión o a una convicción. Esto significa también reconocer lo que ya afirmaba Tertuliano, autor cristiano de los siglos II-III: no nacemos cristianos; llegamos a serlo. Incluso quien fue bautizado siendo niño está llamado a hacer suya libremente la fe que fue profesada en su nombre el día de su bautismo.

Ciertamente, no hay que ser ingenuos: no todo es de color de rosa en nuestra sociedad actual. Reconocer la pluralidad de nuestras sociedades no garantiza una coexistencia pacífica ni el respeto de la dignidad de cada uno. Pero se trata de una situación de hecho, en la cual la Iglesia y los cristianos están precisamente llamados a manifestar lo que son: testigos del amor de Dios, que se hizo hombre en Jesús y quiere entregarse a todos.

El tiempo que vive hoy nuestra Iglesia, pese a sus dificultades y pruebas, es también un tiempo de gracia, en el que se nos da redescubrir su vocación primera: vivir el Evangelio y anunciar la Buena Nueva a

nuestros contemporáneos. Jesús resucitado no pide otra cosa a sus discípulos: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 19-20).

¿Cómo vivir concretamente este envío recibido del Señor? ¿Somos capaces de ello? Después de todo, ¿no somos ya, desde ahora, misioneros por nuestra vida cotidiana y nuestro compromiso en la Iglesia? ¿Es necesario hacer más? ¿No sería una falta de respeto hacia los demás e incluso una pretensión de imponerles nuestras convicciones?

## **II. IMPREVISTOS Y SORPRESAS**

Cuando se habla de llegar a ser misioneros, no faltan las preguntas. Reconozcamos también que esto puede suscitar temor, en particular el temor a la mirada de los demás cuando manifestamos públicamente nuestra fe. Estas inquietudes y estos miedos, sin embargo, no deben sorprendernos. ¿No sucedía ya así con los apóstoles? También ellos, después de Pascua, tuvieron que superar sus temores para cruzar fronteras y no formar un pequeño grupo replegado sobre sí mismo. Salir hacia afuera significaba también enfrentarse a los imprevistos y a las sorpresas de Dios.

### ***Los Hechos de los Apóstoles o las sorpresas de Dios***

El libro de los Hechos de los Apóstoles, que relata su experiencia misionera, sigue iluminándonos para vivir hoy el desafío de la misión. Los caminos que los apóstoles tuvieron que recorrer después de la Ascensión de Jesús estaban, sin embargo, lejos de estar trazados de antemano. Habían acompañado a Jesús, escuchado sus enseñanzas, visto los signos que realizaba, sido testigos de la resurrección, pero todavía ignoraban por qué caminos iba a conducirlos el anuncio de la Buena Nueva. Y, por decir lo menos, el Espíritu Santo iba a sorprenderlos.

Un primer desplazamiento para los apóstoles se refiere a las expectativas que podían albergar acerca de la realeza en Israel. Los apóstoles eran judíos. Entre estos, en su tiempo, permanecía viva la esperanza de que Dios viniese a restablecer la realeza de David; es decir, que Israel recobrase su independencia. De hecho, esta es la pregunta que los apóstoles plantean a Jesús antes de su Ascensión: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino para Israel?» (Hch 1, 6).

Jesús, en su respuesta, no responde directamente a la pregunta. Va a operar un desplazamiento. No se trata, para los discípulos de Jesús, de comenzar por establecer un reino y un régimen político. Más bien, por el don del Espíritu, son enviados no a gobernar el mundo, sino a ser testigos de Cristo en medio de los pueblos, como levadura en la masa: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).

Esta dimensión universal del testimonio se manifiesta ya desde el acontecimiento de Pentecostés. Llenos del Espíritu Santo, los discípulos se ponen, en efecto, a proclamar las maravillas de Dios en diversas lenguas, en medio de los judíos venidos de todas las naciones a Jerusalén. El Espíritu abre los horizontes y hace pasar así al grupo de los apóstoles del cenáculo a la predicación del Evangelio a todas las naciones. Así sucede cuando una comunidad se abre al soplo del Espíritu. No se repliega sobre sí misma, sino que se pone a anunciar la Buena Nueva a su alrededor.

La difusión del Evangelio tomará aún una dimensión nueva a través de otro acontecimiento: el martirio de Esteban y la persecución de la Iglesia de Jerusalén que le siguió. Este acontecimiento dramático llevará a la dispersión de los discípulos por las regiones circundantes. Pero fue para ellos ocasión de anunciar la Buena Nueva allí por donde pasaban.

También nosotros atravesamos crisis, así como tensiones u oposiciones, aunque estas no tienen, evidentemente, nada comparable con las persecuciones sufridas por los primeros cristianos. Sin embargo, si aprendemos a releer estos momentos difíciles a la luz de las Escrituras y de nuestra fe en Jesús, descubriremos en ellos caminos nuevos para vivir y anunciar la Buena Nueva.

Con todo, los primeros discípulos no habían llegado aún al final de sus sorpresas. Pues un paso todavía más importante les aguardaba para anunciar el Evangelio a todas las naciones. Hasta entonces, en efecto, seguían viviendo según las prescripciones del judaísmo: la circuncisión, las normas alimentarias, etc. Pero ¿qué hacer cuando paganos, no judíos, abrazaban la fe cristiana? ¿Había que imponerles también a ellos las prescripciones y leyes judías? Jesús había manifestado en varias ocasiones una verdadera apertura hacia el mundo pagano, pero no había dado una consigna explícita para estas situaciones nuevas.

La cuestión se presentará primero al apóstol Pedro. Este es conducido hasta Cornelio, un oficial romano. Advertido por una visión, entra en su casa para compartir la mesa, cosa impensable para un judío piadoso de su tiempo. Ante el testimonio de fe dado por aquel hombre, se da cuenta de que Dios es imparcial: no hace acepción de personas entre quienes ponen en Él su confianza. Sobre todo, Simón Pedro, después de anunciar la Palabra, es testigo del descenso del Espíritu sobre todos los que habían acogido esa Palabra, sin excepción. Es un nuevo Pentecostés, pero esta vez el Espíritu es dado también a los paganos.

El misionero es, ante todo, aquel que toma conciencia de la acción del Espíritu, en sí mismo, pero también en los demás, sin diferencia de cultura, de nacionalidad o de condición personal. Lo que se le pide es anunciar la Palabra. Pero lo que produce esa Palabra es obra del Espíritu. No hay por qué inquietarse.

Un testigo privilegiado de esta Palabra en acción es el apóstol Pablo. A decir verdad, su conversión a la fe en Jesucristo es ella misma una sorpresa. ¿No era acaso el que perseguía a los primeros cristianos? Sin embargo, el Señor resucitado se le manifiesta en el camino de Damasco. Es enviado, en particular, a anunciar el Evangelio entre las naciones. Los Hechos de los Apóstoles y sus cartas nos ofrecen valiosas informaciones sobre sus viajes y sobre las comunidades que va a fundar en torno al Mediterráneo.

Con la actividad misionera de Pablo, la cuestión de la acogida de los paganos en la Iglesia se planteará de manera crucial. En efecto, algunos querían imponer a los nuevos cristianos, venidos del paganismo, las prácticas judías. Para resolver esta cuestión, que iba a ser decisiva para el futuro del cristianismo, los apóstoles y los presbíteros se reunieron en asamblea en Jerusalén (Hch 15, 5-35). Partiendo de la constatación de que el Señor está realmente obrando entre los pueblos paganos —a través de los signos que realiza entre ellos— y de que el Espíritu es dado sin distinción a todos los que acogen con fe la Palabra del Evangelio, la asamblea discierne que no es necesario imponer a los nuevos convertidos el conjunto de las prescripciones de la Ley judía. Esta norma se ha mantenido en la Iglesia hasta nuestros días.

El anuncio del Evangelio a todos no deja de plantear nuevas preguntas y también de sacudirnos. Puede incluso cuestionar viejas costumbres: «¡Siempre se ha hecho así!». Sin embargo, la asamblea de

Jerusalén nos indica el camino para afrontar estas cuestiones y estos desafíos: el de una actitud sinodal, en la que, juntos, los bautizados y sus pastores disciernen, en el Espíritu Santo, las orientaciones que deben tomarse.

El libro de los Hechos muestra así que, a través de las nuevas cuestiones y de las numerosas sorpresas encontradas, nada puede detener la Palabra del Evangelio. Esta, por medio de los testigos enviados por Jesús con la fuerza del Espíritu, prosigue su carrera, ayer como hoy, también entre nosotros. Y el Espíritu sigue sorprendernos.

Una lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles, por ejemplo a lo largo de un año pastoral, ofrece una buena manera de releer la vida de una comunidad y de discernir las prioridades que deben establecerse para desarrollar una pastoral misionera.

### ***Las sorpresas de Dios hoy***

En estos últimos tiempos asistimos progresivamente a un renovado interés por la fe y la vida espiritual. En algunas celebraciones, como el Miércoles de Ceniza, aparecen nuevos rostros. Jóvenes, pero también personas mayores, descubren o redescubren la fe. Los catecúmenos, es decir, esos adultos y jóvenes adultos que se preparan para el bautismo, están aumentando de manera significativa. Además, los lugares de peregrinación, como Montaignu o Banneux, y las procesiones siguen estando muy concurridos. A veces también nos sorprende la afluencia en acontecimientos como la exposición de las reliquias de un santo.

Desde luego, probablemente es aún demasiado pronto para sacar conclusiones definitivas de cara al futuro. Por otra parte, hay que reconocer que en muchos lugares se hace sentir la falta de relevo. A menudo resulta difícil no solo enviar un sacerdote a una parroquia, sino también encontrar catequistas u otros voluntarios. Al mismo tiempo, somos conscientes de que, entre los fieles y los colaboradores, algunos se ven presa del desaliento. Constatan que la práctica religiosa y la movilización de los fieles, tal como las conocieron en el pasado, disminuyen. Es importante no ocultar esta experiencia. Sin embargo, ¿no es también, a través de este desaliento, una invitación a crecer en la confianza de que el Espíritu sigue obrando hoy, por caminos que quizá todavía no reconocemos? Tampoco podemos en absoluto disimular la grave crisis de los abusos en la Iglesia, que debe seguir movilizándonos, tanto en el apoyo a las víctimas como en la prevención y el seguimiento de los abusadores.

Sin embargo, no deja de ser verdad que algo se está moviendo. A decir verdad, los recién llegados a nuestras iglesias nos sorprenden. Porque su presencia no es, ante todo, fruto de una estrategia. Como he podido comprobar en los encuentros con los catecúmenos, a veces llegan desde familias o ambientes muy alejados de la Iglesia, recorriendo caminos inesperados. El cardenal Jean-Marc Aveline, arzobispo de Marsella, decía recientemente: «Sin duda habíamos preparado la puerta de entrada, ¡pero muchos llegaron por la ventana!».

Por la ventana... ¿No es acaso propio del Espíritu Santo recorrer caminos imprevisibles para edificar su Iglesia? Porque la Iglesia no se construye limitándose a reproducir el pasado. Como acabamos de ver en los Hechos de los Apóstoles, su crecimiento está guiado por acontecimientos inesperados y por ese viento del Espíritu que sopla donde quiere.

## ***El nuevo rostro de la Iglesia***

Como en tiempo de los Apóstoles, vemos nacer una Iglesia que, sin renegar de su pasado y de su tradición, ya no es verdaderamente como antes, sino que se aventura por caminos nuevos. De una Iglesia bien establecida en la sociedad, pasamos a una Iglesia misionera, una Iglesia de testigos en medio de una sociedad donde conviven convicciones y religiones diferentes. Esto tiene también consecuencias para la vida de los cristianos y de las comunidades, llamados a anunciar el Evangelio para nuestro tiempo. Hemos de pasar de una pastoral de «reproducción» a una pastoral misionera.

No se trata, sin embargo, de renegar del pasado ni de desacreditar lo que los cristianos han realizado hasta hoy. Al contrario, siento admiración y gratitud hacia todos esos fieles y sus pastores que, a pesar de las transformaciones y de las crisis que atraviesa nuestra Iglesia, permanecen fieles a su bautismo y a su compromiso. Aunque no siempre vean los frutos o se preocupen por el relevo, siguen siendo testigos del Evangelio. Y aquello que siembran puede dar fruto, a menudo inesperado, a veces mucho más tarde.

Las nuevas circunstancias nos invitan, sin embargo, a vivir una conversión misionera para ser, hoy, testigos gozosos del Evangelio. Hay que resistir a la tentación de decir: «Siempre lo hemos hecho así». Hago, por tanto, mías las palabras del papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de sus propias comunidades» (*Evangelii gaudium*, 33).

Se trata de un discernimiento común, que no se concentra únicamente en las estructuras, aunque estas también están implicadas, a fin de «escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2, 7). También hoy el Espíritu viene a sorprendernos y nos invita a leer los signos de los tiempos y a hacer discípulos en el nombre de Jesucristo.

### **III. TESTIGOS DEL EVANGELIO**

Deseo confiar aquí a vuestro discernimiento algunas dimensiones de esta renovación misionera, para que nuestra Iglesia sea cada vez más fiel a su misión de anunciar gozosamente la Buena Nueva. Sin embargo, las preguntas que se plantean de entrada son estas: ¿quiénes son los testigos del Evangelio? ¿En virtud de qué hablan? ¿Y qué mensaje tienen que transmitir?

#### ***Jesús, primer Evangelizador***

Pensar el anuncio del Evangelio es, ante todo, tomar conciencia de que no se trata solamente de una obra humana. El primer evangelizador es Jesús y su Espíritu, por quien la Iglesia es enviada a anunciar la Buena Nueva.

No podemos considerar la misión de la Iglesia sin hablar de la misión de Cristo y de la misión del Espíritu. Porque la misión tiene su fuente en el amor del Padre: «Tanto amó Dios al mundo —dice Jesús a Nicodemo—, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Dios envía a su Hijo para que las mujeres y los hombres que ponen su fe en Él sean salvados y renazcan del Espíritu Santo.

En el evangelio de Lucas, Jesús, al comienzo de su vida pública, explicita la misión que ha recibido del Padre: «También a las otras ciudades tengo que anunciarles el reino de Dios, porque para eso he sido enviado» (Lc 4, 43). Estas palabras han de leerse a la luz de la cita del profeta Isaías que Jesús acaba de aplicarse a sí mismo en la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres» (Lc 4, 18).

El papa Pablo VI escribía a este propósito: «Anunciar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, que son con frecuencia los más dispuestos a acogerla, la gozosa noticia del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la cual Jesús se declara enviado por el Padre. Y todos los aspectos de su Misterio —la misma encarnación, los milagros, la enseñanza, la reunión de los discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la permanencia de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora» (*Evangelii nuntiandi*, 6).

La Buena Nueva tiene su núcleo y su centro en la salvación que Jesús trae. Esta es liberación de todo lo que oprime a la humanidad y particularmente del mal y del pecado. Pero la salvación es también, y ante todo, comunión con Dios, que concede al ser humano participar de su vida divina, para encontrar su plenitud en esa comunión.

El anuncio del Reino de Dios y de la salvación llama a sus oyentes a una conversión radical, a un cambio profundo, por la gracia de Dios, de la mirada y del corazón. Es dejar atrás el mal y el pecado para seguir a Cristo en una vida conforme al Evangelio, viviendo el espíritu de las bienaventuranzas, la renuncia y la cruz en pos de Él, como discípulo suyo. En su misericordia, Dios ofrece a todos la posibilidad de convertirse, especialmente a los pecadores: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, para que se conviertan» (Lc 5, 32). La Buena Nueva del Reino de Dios y de la salvación es para todos.

### ***Una Iglesia evangelizadora***

Por su predicación y sus obras, Jesús reunió en torno a sí una comunidad de discípulos que acogieron la Buena Nueva en la fe. Evangelizados por Cristo, ellos mismos se convierten en evangelizadores: «Seréis mis testigos...», les dice el Resucitado. Estas palabras se dirigen a los apóstoles, pero pueden extenderse a todos los discípulos y a la Iglesia.

Desde Pentecostés, la Iglesia, nacida de la acción evangelizadora de Jesús y de los apóstoles, encuentra en el anuncio de la Buena Nueva de Cristo resucitado la razón de su existir. En palabras y en obras, está llamada a anunciar que el Reino de Dios y la salvación son ofrecidos a todos: nadie queda excluido del amor de Dios, que se da y se recibe en plena libertad. La misión es la razón de ser de la Iglesia. «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9, 16), exclamaba san Pablo.

Sin embargo, si la Iglesia y los cristianos están llamados a prolongar la misión de Cristo, no lo sustituyen. Son sus testigos, pero no ocupan su lugar. Solo la fuerza conferida por el Espíritu les permite decir y hacer lo que Jesús comenzó a decir y a hacer.

Esto significa que los bautizados no son evangelizadores sino en la medida en que se dejan primero evangelizar ellos mismos. Y esto, por lo demás, nunca termina. Como María, la hermana de Marta, están llamados a lo único necesario: permanecer fiel y humildemente a los pies de Jesús (cf. Lc 10, 42). Esto es verdad para cada uno en particular, pero también para la comunidad. Porque ciertamente no se evangeliza en solitario, sino también juntos, en comunidad, en Iglesia. La verdad del testimonio pasa, por tanto, por dos dimensiones esenciales que se alimentan mutuamente: el arraigo en Jesús y unas comunidades vivas y radiantes.

## Arraigados en Jesús

En la vida del cristiano y de la Iglesia, corremos el riesgo de estar sobre todo preocupados por nosotros mismos, por las estructuras o por la búsqueda de nuestro lugar en la sociedad.

La Iglesia, sin embargo, no está para salvarse a sí misma, sino para estar cada vez más unida a Jesús. No tenemos solamente unos «valores» que proponer, sino la Buena Nueva de Cristo que anunciar. Por eso, una y otra vez, debemos volver al Evangelio y al Señor resucitado: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos» (2 Tm 2, 8).

¿Cómo volver, pues, a la fuente que es Cristo, individualmente y en comunidad? He aquí algunas dimensiones:

- El arraigo en Jesús hunde sus raíces en el **bautismo** recibido en la fe, en el que somos sumergidos en su muerte y resurrección, para nacer a la vida nueva en el Espíritu y convertirnos en piedras vivas de la Iglesia. Es bueno volver así sin cesar al bautismo —los catecúmenos nos ayudan a ello— para redescubrir nuestra identidad profunda de hijos muy amados de Dios, hermanas y hermanos de Jesús, habitados por el Espíritu.
- Los demás **sacramentos**, y particularmente la **Eucaristía**, nos unen a Jesús. Amemos a Jesús presente en la Eucaristía, dejémonos tocar por su Palabra y crezcamos en la conciencia del Cuerpo que formamos al comulgar el mismo Pan. Cuidemos de conservar la unidad entre nosotros, en el respeto de las diferencias, porque juntos formamos un solo Cuerpo. Estemos atentos a cada una y a cada uno, particularmente a los más vulnerables. Cuidemos nuestras liturgias, de modo que sean a la vez vivas y orantes.
- Las **Sagradas Escrituras** iluminan toda la vida de la Iglesia y de los creyentes. En estas últimas décadas, en la Iglesia católica hemos redescubierto con alegría el tesoro de la Palabra de Dios compartida con todos. Es bueno que las Escrituras alimenten no solo la oración individual y la vida espiritual, sino también la catequesis, la preparación a los sacramentos, la teología, la vida de un equipo pastoral u otro, la oración comunitaria, las obras de solidaridad..., en una palabra, toda la vida del cristiano y de la Iglesia.
- La **oración**, que es respuesta a la Palabra de Dios, nos hace crecer en la relación íntima y personal con Dios.
- Cristo se deja reconocer en los **pobres** y en las personas empobrecidas. En su carta *Dilexi te* sobre el amor hacia los pobres, el papa León XIV nos recuerda que la solidaridad y la diaconía no son una actividad entre otras en la Iglesia, sino que ocupan un lugar central, porque pertenecen al ámbito de la Revelación: el contacto con las personas empobrecidas es una manera privilegiada de encontrar a Jesús hoy.
- El encuentro con Jesús pasa también por las **peregrinaciones** y la **piEDAD popular**. El hecho de encender una vela, rezar a María o a otro santo, peregrinar a Lourdes o a otro lugar... son también ocasiones sencillas de conducir a Cristo.

¿Estamos más preocupados por la organización de nuestra parroquia, de nuestra Iglesia, por su reputación, o bien por la intimidad con Cristo y el anuncio del Evangelio?

### *Comunidades vivas y radiantes*

El anuncio del Evangelio pasa por comunidades vivas y radiantes. Se nutren y viven de las dimensiones que acaban de ser citadas: una comunidad de bautizados que vive de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, que inicia en la oración, en la fe y en la vida cristiana, que vive la solidaridad... Es a través de ello como mujeres y hombres podrán encontrarse con Cristo y crecer en una relación viva con Él.

Sin embargo, la vitalidad no es cuestión de número. Así, encuentro comunidades parroquiales relativamente modestas, pero que irradian. Como dijo el papa Francisco: «El problema no es ser pocos, sino ser insignificantes» (alocución en la catedral de Rabat, Marruecos, 31 de marzo de 2019). Esto sucede cuando el Evangelio y Cristo ya no están en el centro y en el corazón de la vida de la comunidad. Mantengamos, por el contrario, la mirada fija en el ideal de la comunidad de los primeros discípulos que relatan los Hechos de los Apóstoles: «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42).

¿Cuáles son los signos que manifiestan la vitalidad y el resplandor de la comunidad? ¿Qué llamadas percibimos para crecer, como comunidad, en la alegría del Evangelio y en su anuncio?

#### **IV. PAUTAS DE UNA PASTORAL MISIONERA**

Hemos visto que la Iglesia prolonga la misión de Cristo, primer evangelizador, sin sustituirlo. Esto implica que la Iglesia y los bautizados permanezcan profundamente arraigados en Jesús. Solo con la fuerza del Espíritu Santo la Iglesia cumple su misión y permanece fiel a Aquel que anuncia, Jesucristo. Para proseguir nuestra reflexión, veamos más de cerca algunas características de una pastoral misionera, prestando esta vez particular atención a los destinatarios del anuncio de la Buena Nueva. Nuestro recorrido por los Hechos de los Apóstoles ya nos lo ha indicado: son ellos quienes, muy a menudo, orientan la misión, según las sorpresas del Espíritu Santo.

##### ***La hospitalidad***

Cuando Jesús envía a los discípulos en misión, los invita a vivir la hospitalidad. No deben llevar bolsa, ni alforja, ni sandalias, sino aceptar lo que se les ofrezca: «En la casa en que entréis, decid primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay un amigo de la paz, descansará sobre él vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan» (Lc 10, 5-7).

El Evangelio se transmite allí donde se tejen relaciones de paz y donde se aprende tanto a dar como a recibir. Así, fue aceptando la hospitalidad del centurión Cornelio como Pedro descubrió que, mientras les anunciaba la Palabra, el Espíritu Santo descendía sobre sus oyentes.

Por medio de la hospitalidad y de los lazos fraternos que se tejen, se crea un espacio en el que el testimonio puede abrirse camino, en libertad. Porque el Evangelio no se anuncia por coacción. Es preciso renunciar a todo proselitismo, a toda forma de presión para obligar a otro a abrazar la fe en Jesucristo. Porque esta es un don gratuito, fruto de la acción del Espíritu Santo en los corazones. La fe no se impone, sino que se recibe gratuitamente.

La conversión misionera comienza por la práctica del encuentro, del diálogo, de la conversación, de la caridad, de una atención gratuita y desinteresada hacia el otro y su entorno social, sin proselitismo. Por

eso, el misionero debe ante todo acoger la cultura, la lengua y la realidad del otro, para descubrir en ellas no solo cómo el Espíritu ya está obrando en él, sino también para aprender a recibir de él, especialmente de quienes no comparten nuestra fe. Porque, si creemos saber lo que significa ser cristiano, también hemos de recibirlo de los demás.

La hospitalidad y la acogida mutua se manifiestan igualmente en las escuelas, los hospitales, las residencias de ancianos... En estos diversos lugares, el testimonio de los cristianos comienza por una simple presencia, una escucha atenta y un compartir sincero. Es bueno preguntarnos, en comunidad e individualmente, por los lazos de hospitalidad y fraternidad que tejemos con los habitantes del barrio, del territorio de la parroquia, o por la atención prestada al malestar de tal persona o de tal grupo. ¿Estamos dispuestos no solo a dar, sino también a recibir de quienes nos rodean? ¿Entramos en un diálogo respetuoso con personas de otras religiones o convicciones? ¿Permanecemos abiertos al diálogo y al encuentro con las realidades sociales y culturales que nos rodean (escuelas, municipios, asociaciones...)? ¿Estamos particularmente atentos a las cuestiones que afectan al futuro de la tierra, nuestra casa común, como nos invita la encíclica *Laudato si'* del papa Francisco? ¿Y favorecemos el diálogo y todo lo que conduce a la paz entre los pueblos?

A partir de las preguntas que acaban de plantearse, ¿cómo vivimos, colectiva e individualmente, este espíritu de fraternidad y de hospitalidad? ¿Dónde discernimos todavía pasos por dar?

### **Los pobres nos evangelizan**

Una prioridad para la misión es el amor hacia los pobres y los más frágiles. En su anuncio de la Buena Nueva, Jesús mismo les concedía una particular predilección, sin excluir por ello a los demás.

En su exhortación *Dilexi Te*, el papa León XIV recuerda que el amor hacia los pobres no se reduce a una cuestión de beneficencia, sino que pertenece al ámbito de la Revelación: «A través de los pobres, el Señor todavía tiene algo que decirnos» (*Dilexi Te*, 5). Jesús, que se hizo él mismo pobre, sigue encontrándose hoy de manera privilegiada en las personas empobrecidas: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40).

En el encuentro con los pobres, por tanto, no solo hemos de dar, sino también de recibir, porque los pobres nos evangelizan. La manera en que han afrontado las pruebas y las dificultades en su vida es, de muchas maneras, una escuela de sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos. «Los pobres son nuestros maestros», decía san Vicente de Paúl. Y si es también a Cristo a quien encontramos a través de ellos, no los tratemos con condescendencia, sino al menos como iguales.

He podido comprobar también recientemente cuánto las personas en situación de precariedad pueden ser maestras del Evangelio a través de los grupos *Fratelli Tutti*, cuyo objetivo es darles plenamente su lugar en la Iglesia. Ya sea durante la peregrinación diocesana a Lourdes o en una sesión de teología práctica, me ha conmovido el testimonio de estas personas y su enseñanza, que edifican la Iglesia.

Sin embargo, nuestra proximidad con los más desfavorecidos no pasa solamente por grupos que les están especialmente dedicados, ni por las numerosas asociaciones caritativas impulsadas por la Iglesia. Estas realizan una labor admirable. Pero no nos dispensan de implicarnos concretamente en la solidaridad y en la fraternidad. Evitemos vivir la caridad solo por delegación, descansando en las instituciones o en los servicios ya existentes.

Deseo, por tanto, que cada uno, individual o colectivamente, se plantee seriamente la cuestión de cómo poner en práctica de manera concreta la opción preferencial por los pobres. No se trata de sustituir lo que ya se hace. Al contrario, en complementariedad con lo que existe (como *Vivre ensemble*, *Entraide et fraternité*, una sociedad de San Vicente de Paúl, una comunidad religiosa, un servicio social...), podemos discernir cómo vivir concretamente, en una parroquia o en una unidad pastoral, el encuentro y la solidaridad. Pienso aquí, por ejemplo, en desayunos o meriendas solidarias organizados por feligreses durante el fin de semana, periodo en el que se interrumpen actividades asumidas por servicios sociales. O también en tiendas solidarias, roperos, apoyo escolar, viviendas puestas a disposición de familias con ingresos modestos o de refugiados...

Tanto más cuanto que hay urgencia: la pobreza, especialmente en nuestras ciudades, y la situación dramática y a veces inhumana de numerosos migrantes en nuestro país no dejan de interpelarnos, sin olvidar a los presos, las personas excluidas del subsidio de desempleo, los enfermos, las familias empobrecidas, las personas heridas o aisladas... Todo ello nos llama a salir de la indiferencia y a comprometernos, aunque sea con medios humildes, por una sociedad más justa y más solidaria.

Porque las solas obras caritativas no bastan. También hay que seguir afrontando las causas estructurales de la pobreza y de las desigualdades. Tengamos la audacia de superar cierto sentimiento de impotencia, aunque no vayamos a resolverlo todo por nosotros mismos. Con el apoyo de las asociaciones que trabajan sobre el terreno, aportemos nuestra piedra al edificio. Tenemos una rica tradición de compromiso y de doctrina social de la Iglesia para sostenernos.

Existen también en nuestra sociedad otras pobrezas, morales y espirituales, a menudo ocultas. De ahí la importancia de la escucha y de la acogida. Existen diversas iniciativas. En algunas iglesias cercanas a lugares de paso, el día del mercado, por ejemplo, se establece un servicio de escucha, con un sacerdote disponible para celebrar el sacramento de la reconciliación y, a veces, un tiempo de celebración y de adoración eucarística.

Más allá de estos momentos puntuales, es también toda la comunidad la que está concernida por una acogida fraterna, para escuchar, compartir, consolar, trabajar por la reconciliación... ¡Ojalá hagamos de nuestras comunidades y de nuestras iglesias oasis de misericordia!

¿Qué llamadas concretas percibimos para un compromiso renovado en la diaconía y en el servicio hacia los más empobrecidos? ¿Y cómo podemos manifestar más plenamente la misericordia hacia todos?

### ***La proclamación del Evangelio y el anuncio de la fe***

El anuncio del Evangelio pasa por el testimonio de creyentes que no son perfectos, pero que ponen su fe en Jesús y hacen experiencia de su misericordia. Se trata, ante todo, de dar testimonio mediante obras y no solamente con la palabra. El papa Pablo VI escribía: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos» (*Evangelii Nuntiandi*, 41).

Por lo demás, no siempre es posible anunciar de manera explícita el Evangelio. Así, san Carlos de Foucauld, viviendo en el desierto entre los tuaregs a comienzos del siglo XX, se dio cuenta de que todavía no le era posible hablarles explícitamente de Cristo y del Evangelio. Pero, a falta de palabras, procuró anunciar el Evangelio con toda su vida. Es lo que él llama el apostolado de la bondad. Carlos estaba convencido de que el amor y la bondad que manifestaba a quienes veía como hermanos y hermanas

podían suscitar en ellos la curiosidad, hasta preguntarse por qué era tan bueno con ellos y, finalmente, conducirlos a Jesús: «Quisiera ser lo bastante bueno para que se diga: si tal es el siervo, ¿cómo será entonces el Maestro?». Toda la misión de la Iglesia se funda en el testimonio de la bondad. ¡Porque Jesús, nuestro Maestro, ¡no es sino bondad!

### *El primer anuncio*

La práctica de la acogida, de la hospitalidad, del diálogo gratuito, del compartir y de la solidaridad que acabo de evocar está en la base de la misión. Pero, en el curso de una conversación o para responder a una pregunta, puede llegar el momento de un anuncio más explícito de la Palabra, particularmente en forma de la evocación de un pasaje de la Escritura. Importa, sin embargo, concentrar este anuncio en lo esencial, en el corazón del Evangelio, el kerigma: «el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y, vivo, ofrece su salvación y su amistad» (papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 128).

No nos corresponde determinar de antemano el momento o el lugar de este anuncio explícito del corazón de la fe. Son las circunstancias, bajo la guía del Espíritu Santo, las que nos orientan, siempre en el respeto de la libertad de nuestro interlocutor. «La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción, y por tanto por su testimonio», decía el papa Francisco, retomando un pensamiento de su predecesor Benedicto XVI (discurso a los empleados del Dicasterio para la Comunicación, 23 de septiembre de 2019).

Existen también iniciativas, como por ejemplo los itinerarios Alpha, que despliegan esta hospitalidad hacia todos y este primer anuncio. Se dirigen a personas que desean explorar la fe, compartir sus puntos de vista, plantear sus preguntas. Se viven en lugares muy diversos: en una parroquia, en un campus universitario, en el seno de una familia...

La catequesis y la formación parten siempre de este primer anuncio o kerigma: «En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte”» (*Evangelii gaudium*, 164).

### *El lugar de la Escritura en la catequesis*

En la catequesis, el lugar principal ha de reservarse a la Escritura. Porque de la escucha de la Palabra nace y crece la fe. Como ya he subrayado, la Escritura está llamada a alimentar no solo la catequesis, sino también todas las dimensiones de la vida de la Iglesia y de los cristianos. Los grupos de lectura bíblica y la aportación de la exégesis nos ayudan en ello. Permiten acoger y alimentarse de la Palabra en la Iglesia. Permiten releer los acontecimientos a la luz de la Palabra de Dios, para reconocer juntos en ellos la presencia del Resucitado, como en el camino de Emaús (cf. Lc 24, 13-35). Nos ayudan a establecer el vínculo entre la escucha de la Palabra y el envío en misión.

A este respecto, resulta notable que muchos de los recién llegados a la Iglesia den testimonio del papel desempeñado por la Palabra de Dios en su camino de conversión. En su búsqueda espiritual, se volvieron hacia la Escritura y en ella encontraron al Señor. Por lo demás, ya no es raro ver a jóvenes cruzar la puerta de una librería para buscar una Biblia. Es un hermoso signo de esperanza, que nos anima a hacer la Palabra de Dios accesible a todos. Pero también podemos aprender de estos jóvenes, si sabemos mirarlos y escucharlos, a ejemplo de san Agustín, que, al oír una voz infantil repetir «Toma y lee», tomó su Biblia en las manos para leerla. Y así se convirtió.

### *El mundo digital*

Otro fenómeno importante hoy es la multiplicación de testimonios e *influencers* en torno a cuestiones religiosas en las redes sociales. Esto afecta especialmente a los jóvenes, que acuden allí en busca de respuestas a sus preguntas o incluso, a veces, inician un camino de fe tras ver un vídeo. Se abre ante nosotros un nuevo continente. Sin embargo, exige discernimiento y prudencia, porque los contenidos son muy diversos y, en algunos casos, llegan incluso a adoptar posturas radicales. Es un desafío para la Iglesia, sus medios y sus creyentes encontrar un lugar en este continente que se abre ante nosotros, permaneciendo fieles al Evangelio. También aquí los jóvenes podrán ayudarnos y guiarnos.

### *El catecumenado...*

El catecumenado de jóvenes adultos y de adultos se va implantando progresivamente en las distintas unidades o zonas pastorales de la diócesis. Consiste en un itinerario, generalmente de dos años, de iniciación a la vida cristiana en todas sus dimensiones: la escucha de la Palabra de Dios, la oración, la liturgia, el contenido de la fe, la Iglesia, la vida del cristiano, el servicio... Esta iniciación no es asunto solo de unas pocas personas —acompañantes, padrinos y madrinas—, sino que debe implicar a toda la comunidad. Las etapas litúrgicas hacia el bautismo —entrada en el catecumenado, escrutinios...— son una de las ocasiones que se ofrecen a la comunidad para asociarse a este camino. ¿Por qué no dar también a estos futuros bautizados la posibilidad de encontrarse, durante su itinerario, con distintos grupos parroquiales, como un servicio de ayuda mutua, un equipo pastoral, un grupo de oración...?

El desafío consiste también en acompañar a los neófitos —los nuevos bautizados—, así como a quienes recomienzan en la fe. Pueden preverse distintos itinerarios de profundización de la fe. Importa especialmente dar a estos recién llegados la posibilidad de integrarse en un grupo, como un coro, un servicio parroquial u otro, sin ver tampoco en ellos a quienes van a llenar todos los vacíos. La integración de los neófitos en la comunidad se juega, con todo, ya desde el catecumenado, donde, a su ritmo, se van familiarizando con la comunidad.

### *...modelo de toda catequesis*

El desarrollo del itinerario catecumenal debe poder inspirarnos en los demás ámbitos de la catequesis, de la profundización de la fe y de la preparación de los sacramentos. Cuando unos padres se presentan en la parroquia para pedir el bautismo de su hijo o inscribirlo en la catequesis, o cuando unos novios vienen para la celebración de su matrimonio, ya no podemos presuponer, como sucedía en el pasado, que están ya iniciados en la fe cristiana. Sin embargo, esto constituye una ocasión para proponerles un camino de crecimiento en la fe y en la vida cristiana. ¿Y por qué no buscar también asociar, de una manera u otra, a los padres al itinerario catequético de sus hijos, u ofrecerles igualmente a ellos un camino de profundización de la fe?

El camino recorrido por los catecúmenos se convierte así en el modelo para las demás catequesis y preparaciones sacramentales. Porque hace falta tiempo para ser iniciado y crecer en la fe. Es como aprender una nueva lengua. Unas pocas clases, una o dos sesiones lingüísticas, no bastan. Hace falta tiempo para impregnarse de ella, entrar en otra cultura, repetir las mismas expresiones para empezar a hablarla con cierta soltura.

En estos últimos años se han emprendido distintas iniciativas para renovar la catequesis. Por ejemplo, en algunos lugares, la catequesis de los niños se propone de manera continuada, desde la edad de 6 o 7 años, durante cuatro años, hasta la celebración de la confirmación y de la eucaristía, para continuar después en grupos adaptados a su edad. El modelo del catecumenado se despliega también en itinerarios de preparación al bautismo de los niños, al matrimonio o en otras circunstancias. Estas preparaciones proponen un camino en torno a la Palabra de Dios, la oración, el compartir... Ya vemos numerosos frutos de ello, especialmente en novios o familias que redescubren o profundizan la fe gracias a esta preparación.

¿Qué testigos concretos del Evangelio hemos encontrado ya?

¿Qué lugar damos, en nuestras comunidades, a las Escrituras, no solo en la liturgia, sino también en los diversos grupos y actividades?

¿Cómo inspirarnos en el catecumenado de los jóvenes adultos y de los adultos para renovar nuestra catequesis y nuestra pastoral sacramental? ¿Cuál es la implicación de la comunidad en la catequesis y en la preparación de los sacramentos?

¿Cómo proclamamos el Evangelio en el mundo digital? ¿Cómo podríamos proclamarlo con mayor eficacia?

### ***La oración y la celebración de los sacramentos***

Ya he subrayado hasta qué punto la oración y la eucaristía son esenciales para nuestro arraigo en Jesucristo. Al mismo tiempo, son también puertas de entrada que conducen al encuentro con Cristo. Para muchos catecúmenos, el camino de fe comenzó con la práctica de la oración. Para los creyentes, la oración personal es a la vez signo y fuente de una relación personal con Jesucristo, Aquel a quien podemos confiar nuestras preocupaciones y cuya consolación nunca falta.

#### *Padre nuestro*

La segunda parte del Padrenuestro se refiere a nuestras peticiones. Toca lo esencial: el pan para vivir, el perdón para poder renacer, la liberación de todo lo que quiere apartarnos de Dios. Pero estas peticiones no están separadas de la primera parte. En efecto, en esta oración, Jesucristo nos introduce ante todo en una relación de intimidad con su Padre: un Padre que está en los cielos y, sin embargo, tan cercano, que desea edificar con nosotros su Reino para que su voluntad se cumpla plenamente. Jesús enseñó a sus discípulos —y, por tanto, también a nosotros— a orar de este modo. Al rezarla, afianzamos nuestro arraigo en Jesucristo; por esta oración entramos en encuentro con Él.

#### *Eucaristía*

En la eucaristía rezamos el Padrenuestro poco antes de poder recibir a Jesucristo en su Cuerpo y en su Sangre. Junto al encuentro con Él en los pobres, en el amor al prójimo que se presenta en nuestro camino y en la lectura del Evangelio, el encuentro con Jesucristo en la eucaristía es esencial e insustituible. Celebramos en la eucaristía el corazón de la vida cristiana. Ella es a la vez culmen y fuente de esa vida (cf. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 11). De ella somos también enviados en misión. «Llega a ser lo que recibes», formulaba Agustín de Hipona para expresar la llamada y el envío dirigidos a cada creyente que recibe la comunión; pero estas palabras valen igualmente para la Iglesia entera, en todos sus miembros (cf. 1 Co 12, 12).

#### *Sacramentos de la reconciliación y de la unción de los enfermos*

La vida y el hecho de ser cristiano se encuentran de modo particular en los sacramentos de la reconciliación y de la unción de los enfermos. ¡Cuánto necesitan las personas cercanía cuando la vida duele, ya sea en nuestras relaciones con los demás o, física e interiormente, cuando nos vemos confrontados con la enfermedad y el sufrimiento!

Permitidme abogar cordialmente en favor de estos dos sacramentos, velando por adaptar su celebración a la persona, a la comunidad y a las circunstancias. Además de la eucaristía, es de manera privilegiada como Jesucristo se deja encontrar a través del sacramento de la reconciliación y del de la unción de los enfermos. Estos ocupan un lugar particular en la escuela de la oración y de los sacramentos.

### *Escuelas de oración*

Encontramos a Jesucristo en la oración, personal y comunitaria, especialmente en la eucaristía. ¿No es esta una llamada a hacer de nuestras comunidades verdaderas escuelas de oración? Esto pasa no solo por iniciativas específicas de iniciación a la oración, sino también por darle todo su lugar en nuestras actividades, nuestras reuniones y nuestros distintos grupos. Y por ampliar nuestras maneras de orar para proponer, allí donde sea posible, algunos oficios de la liturgia de las horas —los tiempos de oración que ritman la jornada: mañana, mediodía, tarde—, tiempos de adoración, el rosario... Las comunidades religiosas tienen aquí mucho que enseñarnos. No solo una estancia en una comunidad o monasterio, sino también la posible presencia de religiosas y religiosos en nuestras asambleas y en nuestras parroquias constituye un gran estímulo para una vida de oración.

Es importante descubrir otras formas de oración además de la eucaristía. Así, es posible orar de manera muy sencilla en familia, antes de la comida o antes de ir a dormir. Pienso también en los tiempos de oración organizados en las escuelas, los movimientos juveniles, las residencias de ancianos... Junto a la celebración de la eucaristía, existen tantas maneras de escuchar la Palabra de Dios, de alabarlo y de confiarle nuestras intenciones de oración por nuestros seres queridos, así como por todos los hombres y mujeres de hoy, en particular los que sufren. Hay aquí una gran riqueza que conviene desplegar más ampliamente.

No olvidemos tampoco que, cuando la asamblea se reúne para celebrar, evangeliza. Hoy algunos piden el bautismo o regresan a la fe porque un día entraron en una iglesia y quedaron tocados por la liturgia. Cuidemos, por tanto, nuestras celebraciones. Estemos particularmente atentos a quienes —familias o allegados—, como en una primera comunión o en unas exequias, solo están presentes de paso. Sobre todo, no pensemos que es a base de muchas palabras como vamos a tocar los corazones. No hay que subestimar la fuerza de los gestos, de los ritos y del silencio en la liturgia. Estemos también atentos, especialmente en nuestras eucaristías, a la acogida de las familias y de los más jóvenes. Una liturgia de la Palabra para los niños o el servicio del acolitado pueden contribuir a ello.

### *Celebración de las exequias*

La celebración de las exequias da testimonio de la presencia de Jesús en los momentos dolorosos de la separación. La atención mostrada a la vida del difunto y la empatía manifestada hacia sus allegados son importantes. Pero las exequias son también una ocasión privilegiada para anunciar el corazón de la fe, el kerigma: en Jesús, Dios nos ama y, por la Pascua de su Hijo, nos abre las puertas de la esperanza en la vida eterna.

### *Acompañar, discernir e integrar*

Hoy nos encontramos también ante peticiones muy diversas que no siempre pueden conducir a la celebración de un sacramento. Conviene recordar, sin embargo, que, junto a los sacramentos, existen también oraciones, bendiciones u otras formas de manifestar la presencia amorosa de Dios. Esto exige escucha y discernimiento por parte de los pastores, manteniendo siempre unidas estas tres palabras: acompañar, discernir, integrar (cf. papa Francisco, exhortación apostólica *Amoris laetitia*, cap. 8).

### *Piedad popular*

Por último, no hay que descuidar el papel de la piedad popular en la evangelización. A través de los lugares de peregrinación, las procesiones, los vía crucis, las devociones a María y a los santos..., manifiesta la realidad de Jesús, que se hizo hombre y busca alcanzarnos en la realidad de las diversas culturas. Ofrece una relación personal con Cristo. Con el discernimiento necesario y en fidelidad al Evangelio, hay que procurar dar todo su lugar a estas expresiones de fe, a menudo sostenidas por los más pequeños y los más humildes.

¿Cómo hacer de nuestras comunidades escuelas de oración?

¿Cuáles son los cuidados particulares que conviene prestar a la liturgia?

¿Cómo acompañar las diversas formas de piedad popular?

### ***El reconocimiento de los carismas y la sinodalidad***

Si la tendencia se confirma y el número de catecúmenos sigue aumentando, percibiremos aún mejor en el futuro la actualidad de esta palabra de Jesús en el Evangelio: «La mies es abundante, pero los obreros pocos» (Lc 10, 2). Porque no son solo los sacerdotes los que se hacen menos numerosos en nuestra Iglesia; también lo son las religiosas y los religiosos, los agentes pastorales, los catequistas, los miembros de los consejos de fábrica, los voluntarios...

Ante esta situación, el Señor nos llama a rogar al Dueño de la mies para que envíe obreros (cf. Lc 10, 2). Esto es esencial, particularmente para las vocaciones al sacerdocio, al diaconado y a la vida consagrada... Como también es importante desarrollar nuestra pastoral vocacional. Porque el Señor sigue llamando hoy todavía, incluso al celibato y a la vida religiosa.

### *Los carismas*

Toda vocación particular hunde, sin embargo, sus raíces en una vocación más fundamental: el bautismo. Desde este punto de vista, no se trata solo de ver las necesidades de nuestras comunidades y de nuestra Iglesia para llevar adelante sus misiones, sino también de reconocer, a partir de la gracia bautismal y a la luz del Evangelio, los dones y carismas que Dios suscita, tanto en las mujeres como en los hombres. Estos son múltiples: acogida, visita, acompañamiento de un catecúmeno, conducción de la oración... Observemos que Pablo distingue también, entre estos dones, el de gobierno (cf. 1 Co 12, 28). Este no está, por tanto, reservado exclusivamente a los ministros ordenados —obispos, sacerdotes y diáconos—. Como subraya el Concilio Vaticano II, el Espíritu edifica y dirige la Iglesia «con diversos dones jerárquicos y carismáticos» (*Lumen gentium*, 4).

No hay, por consiguiente, competencia, sino complementariedad entre los ministros ordenados y los demás bautizados. Incluso hoy es importante, si queremos permanecer fieles a la misión que la Iglesia

ha recibido de anunciar el Evangelio, poder discernir y valorar estos dones y carismas. Porque la misión no debe ser llevada por unos pocos —un párroco o algunos convencidos—, sino por todos, hombres y mujeres. Si pensamos en comunidades pequeñas, este discernimiento de los carismas reviste, además, una gran importancia. ¡A veces nos sorprendemos al descubrir dones particulares en personas en las que no habíamos pensado!

En lo que se refiere al ministerio del sacerdote, podemos retomar una distinción propuesta por el teólogo Christoph Theobald, a saber, el paso de la imagen del sacerdote-pivote a la del sacerdote-pasador. Mientras que el sacerdote-pivote designa al sacerdote como centro y eje de todo, que dirige, en cierto modo, «desde arriba», a todos y todo, rodeándose de fieles, la imagen del sacerdote-pasador remite, en cambio, al sacerdote que, en el corazón de la comunidad creyente, facilita y sostiene todo lo posible para que cada uno, en el seno de la comunidad, pueda aportar plenamente su propia contribución a la misión de la Iglesia local. Anima así a cada uno a hacer fructificar sus dones y carismas al servicio de todos (cf. Concilio Vaticano II, decreto *Presbyterorum Ordinis*, 6)<sup>2</sup>. En este caso, el sacerdote se vuelve capaz de ejercer su autoridad permitiendo a los fieles llegar a ser adultos y responsables en la fe. No siente la necesidad de estar presente en todas partes, sino que favorece la concertación y la sinodalidad. Observemos que esta figura del «pasador», lejos de debilitar el ministerio del sacerdote, le permite, por el contrario, desplegar más ampliamente su vocación de pastor, especialmente en el acompañamiento de las personas o en la presidencia de la celebración eucarística.

La puesta en práctica de los carismas exige también una atención particular a la formación de los bautizados como discípulos-misioneros, una formación centrada en la Escritura, en la profundización de la fe y en el aprendizaje concreto de la vida cristiana. Supone también preparar cristianos capaces de asumir responsabilidades y de comprometerse en la sociedad. Paralelamente, el acompañamiento y el apoyo a los agentes pastorales constituyen asimismo una prioridad.

Por último, como enseña Pablo en su primera carta a los Corintios, no olvidemos que hay un don que supera a todos los demás: la caridad (cf. 1 Co 13). Es por el amor que nos une como damos testimonio del Evangelio. Que al vernos se pueda decir, retomando las palabras de Tertuliano: «¡Mirad cómo se aman!».

### *La sinodalidad*

El despliegue de los dones y de los carismas, así como el servicio de todos los bautizados a la misión, invitan a crecer en espíritu sinodal. La fase de implementación del Sínodo sobre la sinodalidad que estamos viviendo actualmente nos invita a deliberar aún más y a discernir juntos lo que el Espíritu dice hoy a la Iglesia. Caminando juntos, a la escucha del Espíritu Santo, descubriremos los nuevos caminos que se abren ante nosotros. Más que un tema entre otros, la sinodalidad es un estilo, una actitud que adquirir, una manera de gobernar juntos, en todos los niveles de la Iglesia. Más particularmente, es un estilo misionero, puesto que la sinodalidad no tiene otro fin que el anuncio del Evangelio.

La sinodalidad es también una manera concreta de vivir el don de la unidad, tanto en el interior de nuestras comunidades y de la Iglesia católica como desde el punto de vista ecuménico. De ello depende la autenticidad de nuestro anuncio del Evangelio: «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti; que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21).

---

<sup>2</sup> Véase Christoph Theobald, *Urgences pastorales. Comprendre, partager, réformer*, Bayard, 2017, p. 330.

Estoy convencido de que los desafíos que se alzan ante nosotros, así como los imprevistos y las sorpresas que la vida de la Iglesia nos reserva, solo podrán afrontarse a través de esta actitud sinodal. Ya este espíritu sinodal estaba actuando en los Hechos de los Apóstoles, especialmente cuando fue necesario responder a la cuestión de la acogida de los paganos en la comunidad. Esta sinodalidad, vivida en espíritu de comunión, permite buscar soluciones creativas a los desafíos que se presentan. Os invito, por tanto, a acoger con benevolencia las iniciativas que se tomarán en los tiempos venideros para implantar más plenamente este espíritu sinodal.

¿Estamos atentos a la acogida de la diversidad de carismas en nuestras comunidades?

¿Favorecemos los ministerios y las vocaciones?

¿Tenemos verdadera preocupación por la unidad en nuestras comunidades, en nuestras unidades o zonas pastorales?

¿Vivimos relaciones fraternas con cristianos de otras Iglesias y comunidades?

¿Vemos necesidades y posibilidades concretas para la formación de discípulos-misioneros?

¿Qué pasos hemos de dar para crecer en la actitud sinodal?

## V. CONSTRUIR LA IGLESIA HOY

Finalmente, podríamos plantearnos esta pregunta: ¿qué es, en la Iglesia, lo propio de la evangelización? La respuesta es: ¡todo! Porque la Iglesia es misionera en todas sus dimensiones. La Iglesia no hace la misión; la Iglesia es misión. Esa es su razón de ser.

La hospitalidad, el diálogo interreligioso, el amor hacia los pobres, el testimonio, la proclamación del Evangelio, la liturgia, los dones y los carismas, los ministerios, el gobierno en la Iglesia... todo está al servicio del anuncio del Evangelio. Esto pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia que, dice el Concilio Vaticano II, es «en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1). Un sacramento es un signo visible y eficaz de la gracia y del amor de Dios. Por tanto, la Iglesia no existe para sí misma, sino para ser signo del amor de Dios en medio del mundo (cf. Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, 45). Aunque humilde y pequeña, si la Iglesia es auténtica y permanece fiel a su misión de anunciar el Evangelio, es ese signo del amor de Dios.

La fidelidad a esta misión es el primer criterio para pensar el futuro de nuestra Iglesia y de sus estructuras. De estas últimas no se ha tratado en este documento de trabajo. No porque no sea importante, sino porque la prioridad dada al anuncio del Evangelio debe seguir siendo el criterio para discernir las opciones y las orientaciones. Estas son a veces difíciles. Porque hemos de renunciar a ciertas obras y a estar presentes en todas partes. ¡Pero no podemos renunciar a la alegría del Evangelio ni a su anuncio!

Por ello, aliento el fortalecimiento o la puesta en marcha de las unidades o zonas pastorales en nuestros tres vicariatos territoriales, manteniendo presentes, para su desarrollo, las pautas de una pastoral misionera que acaban de esbozarse. Porque estas unidades o zonas deben hacer posible que las misiones de solidaridad, de anuncio y de celebración estén efectivamente aseguradas en un lugar. Manteniendo presente esta finalidad misionera, un proceso sinodal ayudará a vivir estas transformaciones, discerniendo las llamadas del Espíritu.

Sin embargo, la conversión misionera de nuestras comunidades no se realiza en un solo día. Aunque la misión afecta a todos los aspectos de la vida de una unidad o de una zona pastoral, también es necesario poder fijarse prioridades. Lo importante es, por tanto, entrar en un proceso de conversión y de discernimiento antes que quedar inmovilizados en un espacio y en una estructura del pasado: «El tiempo es superior al espacio» (*Evangelii gaudium*, 222). Este principio nos ayudará a no buscar resultados inmediatos, sino a trabajar a largo plazo. Como en tiempo de los apóstoles, también hay que dejarse sorprender por los acontecimientos y por las manifestaciones del Espíritu. Porque Él abre nuevos horizontes y nos hace recorrer caminos que no habíamos imaginado.

Confiado en lo que el Espíritu realiza y en las sorpresas que todavía reserva al futuro para nuestra Iglesia de Malinas-Bruselas, os animo a entrar decididamente en esta dinámica misionera. Los santos y las santas, fieles a la misión que Jesús confió a su Iglesia, nos preceden en este camino. En él encontraron la alegría, la del Evangelio.

Esta fue la alegría de san Rumoldo, patrono y evangelizador de la diócesis. Por su intercesión, confiemos al Señor nuestra misión de anunciar gozosamente el Evangelio a nuestros contemporáneos:

*San Rumoldo,  
fiel servidor de Cristo,  
tú, que fuiste el primero en anunciarnos la fe,  
guiaste a tu pueblo como buen pastor,  
con sabiduría y amor.*

*Tu martirio da testimonio de tu profunda fidelidad al Señor.  
Inspíranos, por tu ejemplo,  
a proclamar el Evangelio con alegría,  
tanto con nuestras palabras como con nuestras obras.*

*Bendice a los bautizados, a los consagrados,  
a los diáconos y a los sacerdotes  
que sirven de corazón a aquellos que Dios les confía.*

*Reaviva en nuestra Iglesia la esperanza,  
fortalece en nosotros el deseo de la unidad,  
en una fraternidad verdadera y sincera.*

*San Rumoldo, patrono de nuestra arquidiócesis,  
ruega por nosotros.  
Amén.*

---